

## Similitud y diferencia en la construcción textual

POR  
E. RAMON TRIVES

### SOMMAIRE

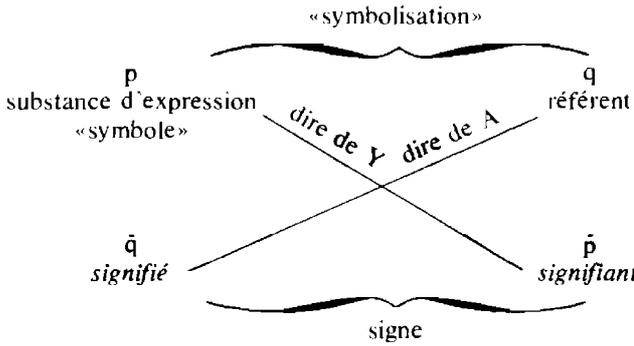
*L'on envisage le texte comme un montage instrumental intersubjectif dans une dialectique opérative entre similitudes et différences, en fonction de la densité relationnelle ou profondeur esthétique-intentionnelle originaires. Du côté de GREIMAS et pas forcément loin de DERRIDA, l'on soutient que la similitude et la différence, dans la construction articulatoire du texte, doivent être considérées comme des termes relatifs en fonction d'un système de dépendances topophoniques ou topographiques manifestatives et structurelles ou sous-jacentes. Dans cette perspective, l'on passe en revue la force prospective et projective du carré sémiotique en tant que cadre de rencontre de la symbolisation disjonctive, où l'être référenciel sous-jacent est symbolisé par le paraître manifestatif du texte concret, et de la sémosis conjonctive, où la typologie référencielle est factorisée dans la typologisation manifestative. C'est l'instrument du macro-syllogisme construit par la force persuasive du je-énonciateur envers le je-énonciataire; c'est l'instrument du «faire voir» que tout texte comporte. Sur la base du dynamisme interséquentiel de TROPIQUILLOS de B. Pérez Galdós, l'on essaye de démontrer que l'ordre linéaire articule à partir de sa disjonction différentielle la macro-isotopie de la conjonction sous-jacente textuelle.*

0. Parto de la base de que el texto es el lugar o mecanismo de la producción del sentido. Todas las unidades del texto son funtores del sentido textual en función de los valores o rasgos inherentes o adherentes que el flujo sintagmático-discursivo muestra o actualiza desde el pie forzado de la coherencia textual, que tiene por límite la pertenencia de los componentes de una misma secuencia a un mismo *clasema*, razón semiótica inexorable de la manifestación textual.

El texto es un montaje instrumental intersubjetivo en una dialéctica operativa entre *similitudes* y *diferencias* a merced de la densidad relacional o magnitud de la voluntad estético-intencional originaria. Entiendo que la *similitud* y la *diferencia* en la dinámica textual, en cuanto *construcción* articulada, deben ser consideradas como términos relativos u operativos en función de su interdependencia *topofónica* o *topográfica* lineal o manifestativa y *estructural* o subyacente. En rigor, toda entidad relacional, y el texto lo es, se fundamenta en la interpresuposición de similitudes y diferencias, de forma que para que se pueda cuestionar el valor de las diferencias, se debe presuponer dado el valor de las semejanzas, y, a la inversa, para que se pueda cuestionar el valor o grado de las semejanzas, se debe presuponer dado el valor o grado de las diferencias. Las diferencias puras, como las semejanzas puras, son incomparables, imperceptibles, incommunicables. La insistencia en las diferencias, sean éstas fónicas, gráficas, cognitivas, valorativas, etc., puede ser una actitud metodológica correcta, como ocurre con gran parte de la producción de Derrida. Pero la insistencia metodológica no puede excluir la operatividad y necesidad de las semejanzas presupuestas, como razón de ser de su comparatividad diferencial. La *percepción* de las *diferencias* engendra la similitud fundamental, así como la *percepción* de las *similitudes* se fundamenta en la intersección de la *percepción* diferencial. La *conjunción* y la *disyunción* se interpresuponen, como, interpretando a A. J. Greimas, hace ver P. Brandt en «*Quelques remarques sur la véridiction*», en *Actes Sémiotiques*, IV, 31, 1982, p. 12. lo que, a mi juicio, hace mucho a la condición del texto como mecanismo productor de sentido, simulacro o modelo del universo condicionante del emisor-escritor. El texto de P. A. Brandt es el siguiente:

«Dans la mesure où le destinataire (Y) "sait" ce qu'il dit, son dire (p) est posé à la place d'un état de choses (all. *Sachverhältnis*), (q), dont il se trouve disjoint comme locuteur, et qu'il ne peut par conséquent que simuler ou dissimuler. Or, ces opérations nécessaires sont alors précisément ce qui constitue le processus *du codage* entrepris par tout destinataire. L'état de choses s'y trouve nié, dépassé (*aufgehbt*) dans et par le "message" de la communication, c'est-à-dire son *signifié*. Et corrélativement, le dire même du destinataire se trouve nié, dépassé, dans et par sa dicibilité comme forme codifiée, c'est-à-dire comme *signifiant*. Dans la transformation  $q \rightarrow \bar{q}$ , nous retrouvons ainsi le principe sémiologique du décalage entre le référent (q) et le signifié ( $\bar{q}$ ), et, dans la transformation  $p \rightarrow \bar{p}$ , le principe du décalage entre la substance d'expression et le signifiant proprement dit. Ainsi se constitue le *signe* comme fonction, c'est-à-dire comme conjonction (au sens strict du terme) entre signifiant et signifié, entre  $\bar{p}$  et  $\bar{q}$ .

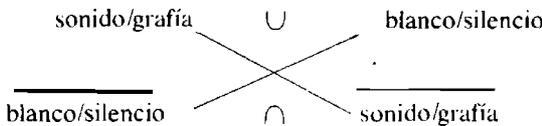
SIMILITUD Y DIFERENCIA EN LA CONSTRUCCIÓN TEXTUAL



Ceci en accord avec la définition classique du signe comme fonction, conjonction, relation de solidarité, entre ce qui *n'est pas* la chose (mais son «image conceptuelle») et ce qui *n'est pas* son remplaçant, son représentant concret, son symbole (mais son «image» formelle, codifiée).

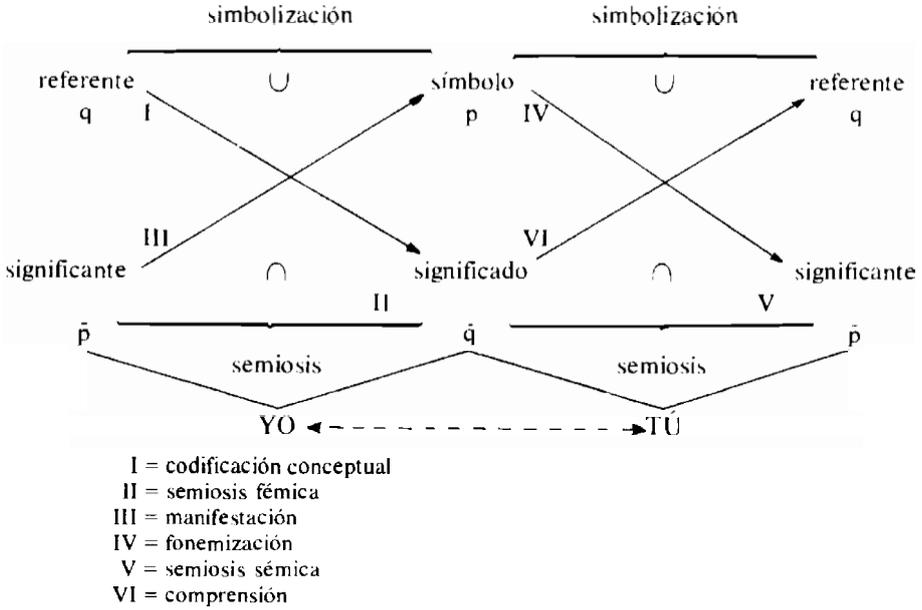
Du côté du destinataire (X), qui doit "croire" à ce qui est dit, le caractère "fiduciaire" de la relation au monde que la fonction du signe permet d'établir — par sa "médiation" dans la disjonction entre symbole et réfèrent (entre les mots et les choses) — apparaît dans l'opération de décodage par lui entreprise. Si, du destinataire, on peut dire qu'il passe par les étapes de la dissimulation... et de la simulation..., on peut dire du destinataire, qu'il parcourt typiquement une série qui va de la méfiance à la confiance, et qui passe par l'incertitude et la certitude.»

Esta excelente página de Brandt nos hace plantear el proceso semiótico desencadenado por la dinámica textual que instaura entre el *enunciador* y el *enunciataro*, sobre la *similitud* del silencio de sus mundos o referentes, la *diferencia* del conjunto expresivo, conjunto de sonidos o grafías articulados, que, a su vez, como es patente, se articula como una alternancia de diferencias fónicas o gráficas, semejanzas relativas, y diferencias de silencios, otras tantas semejanzas relativas, que, en su flujo alternante, *disyunción*, engendran el texto, *conjunción*:



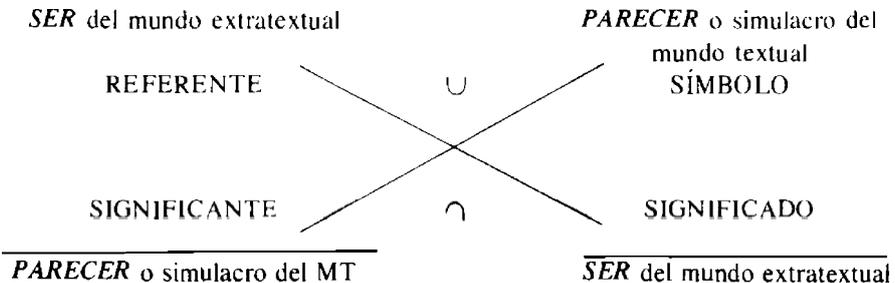
En la dialéctica intersubjetiva que supone el proceso semiótico-textual el *yo-enunciador* parte del *referente*, transformado en *significado*, mediante el cifrado o codificación conceptual, que se une, solidariamente, con el *significante*, mediante el cifrado o codificación fonémica, semiosis o semiotización, que, a su vez, se transforma en el complejo expresivo fónico/gráfico, *símbolo*, mediante la manifestación enunciativa o elocución. Por su parte, el *yo-enun-*

*ciatario*, tú, parte del *símbolo* transformado en *significante*, mediante el desciframiento fonémico o fonemización, que se une, solidariamente, con el *significado*, mediante el cifrado o codificación sémica, semiosis o semiotización, que, a su vez, se transforma en el complejo referencial, *referente*, mediante la comprensión. Lo cual confirma la conclusión a la que llega Brandt en su ya mencionado artículo, y arroja el modelo siguiente:



Lo cual, evidentemente, supone una serie de similitudes y diferencias en las distintas líneas significativas de los cuadrados semióticos generados por la actividad intersubjetivo-textual.

En cierto modo, el *ser* del mundo extralingüístico-textual contrasta *disyuntivamente* con el *parecer* del simulacro del mundo o texto, y ambos engendran la *conjunción* subyacente del simulacro semiótico-estructural de una estructura semiológica conectada a una estructura femológica, donde la inmanencia sémica se troquela en construcción fémica o manifestación macrosignificante:



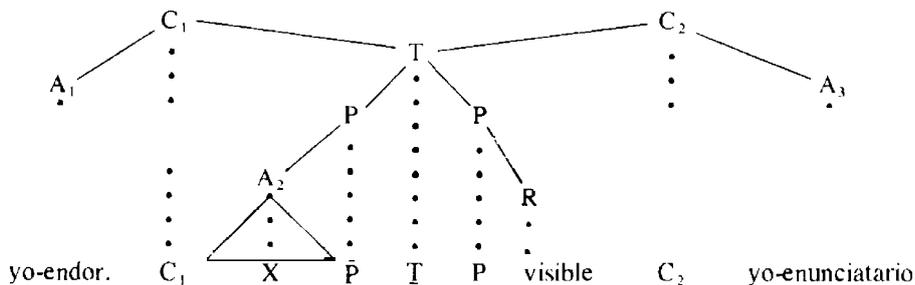
En virtud de un efectivo proceso constructivo/deconstructivo, el *yo-enunciador*, sin dejar de pertenecer a su mundo, instaura la condición *diferente* del simulacro de su texto como macrosignificante no tautológico respecto de su mundo referencial, merced a la producción del nuevo mundo del *sentido*, cuajado de similitudes y diferencias, necesarias por igual, dado que la *absoluta similitud* desvincularía al texto-enunciado de su acto enunciativo igual que la *absoluta diferencia* sumiría al texto-enunciado en el marco inefable del puro momento enunciativo.

A través del texto-enunciado la presión enunciativa, con sus diferencias o peculiaridades, se *ex-presa* por los cauces de la similitud enunciativa, pues, como muy acertadamente señala Eric Landowski, «l'énonciation ne sera donc rien de plus, mais rien de moins non plus que l'acte par lequel le sujet fait être le sens. Corrélativement, l'énoncé réalisé et manifesté apparaîtra, dans la même perspective, comme l'objet dont le sens fait être le sujet». (Cf. «Simulacres en construction», en *Langages*, juin 1983.)

Puede considerarse como conclusión radical de lo que venimos diciendo que el *cuadrado semiótico*, en los planteamientos de A. J. Greimas y su Escuela, es una estructura predictiva y productiva del sentido textual, en virtud de «una serie de operaciones creadoras de posiciones diferenciadas», según F. Nef, en *Structures Élémentaires de la Signification*, Éditions Complexe, Bruxelles, Paris, 1976. El texto, como se hace ver en *Du Sens*, p. 167, a otro propósito, está construido de secuencias isotópicas, pero no isomórficas, es decir, cuya condición de similitud va pareja de la de su diferencia, puesto que por aquella y desde ésta afirma como tal en el diálogo intersecuencial que articula la macrosecuencia textual, *macrosilogismo* resultante de la fuerza persuasiva del *yo-enunciador* ( $\sigma\upsilon\nu + \lambda\acute{o}\gamma\omicron\iota$  = concatenación intersecuencial), cual macrosimilitud inferencial o macro-isotopía articulada por las diferencias que dan identidad a cada una de las microsecuencias textuales. En este sentido, pues, puede entenderse que el texto viene a ser la *conjunción* resultante de la *disyunción* de las distintas microsecuencias.

Capítulo aparte merece el problema de las *modalidades* discursivas, en las distintas estructuras de similitud y diferencia que el cuadrado semiótico deja percibir, como puede verse en los distintos artículos del número 43 de *Langages*, 1976, y, en especial, el de A. J. Greimas, recogido ahora en *Du Sens II. Essais Sémiotiques*, Éds. du Seuil, Paris, 1983, pp. 67 ss. En cierto sentido, las modalidades vienen a ser mecanismos de coerción o de identificación de las virtualidades lingüísticas actualizadas o asumidas por el *yo-enunciador*.

En la raíz misma de la ficción estético-literaria hay que situar la *disyunción ver/decir*, que Brandt considera como presuposición del *creer*, o. c., p. 12, que se corresponde con la *conjunción* de sus contradictorios como presuposición del *saber*. Todo texto, en cierto modo, es un «hacer ver», mostrar o decir del *yo-enunciador* al *yo-enunciatarario*. Su estructura, en el modelo actancial de K. Heger, podría ser la siguiente:



Lo cual, habida cuenta de la recursividad del modelo, interesa desde el punto de vista de la modalidad adoptada por el *cierre* secuencial y, sobre todo, por el *cierre textual*.

1. No se puede olvidar que el texto es un producto de factura linealmente articulada, terminativamente, pero de génesis estructuralmente planificada o subyacente. En este sentido, inevitablemente, no podemos lanzarnos a una lectura cualquiera, desconociendo los mecanismos de *cierre*, siquiera sea *virtual*, que va desde cualquier palabra que sale o surge del «significado» virtual del lexicón o diccionario y se cierra o limita en dicha virtualidad máxima mediante su puesta en sintagma bajo una isotopía subyacente, a su inserción en una microsecuencia intratextual, que *orienta* el *sentido* verbal de cada término, hasta su inserción en la macroisotopía hiperotáctica del texto en su integridad, que con su *cierre* final dota a cada segmento signifiante de todas las posibles claves de lectura del sentido plural o singular enunciado por la modalidad radical enunciativa del DECIR, que, con P. A. Brandt, podemos considerar como un «hacer-ver» intersubjetivo, que justifica la estructura dialógica de un *sujeto-destinador* de *objetos* significantes o cognoscibles respecto de un *sujeto-destinatario* que accede al sentido plural o singular de los mecanismos instrumentalizados por el DECIR.

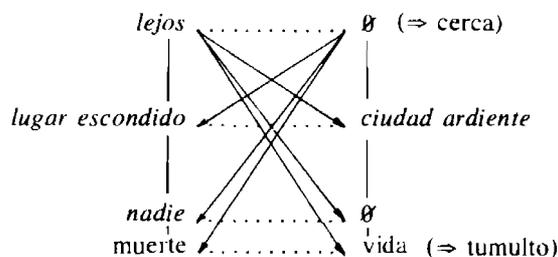
1.1. La lectura, en este contexto, se distingue de la mera captación lineal hipotético-inductiva anticipatoria, que siendo inevitable, no es suficiente, teniendo que dar paso a la lectura procesual hipotético-deductiva, memorizada o a redromodo, como gustaba decir Unamuno, en una especial aproximación hipotético-deductiva que no excluye, sino que reclama, la toma en consideración del macro-modelo hipotético-deductivo o tipología de la que, inexorablemente, pende cualquier macroestructura textual. De forma que *leer* un texto viene a ser, en cierto modo, identificarlo como perteneciente a la clase tipológica hipotético-deductiva, *tipología* textual, desde la que el texto se configura y se identifica como tal. De modo que son dos las incidencias de la perspectiva hipotético-deductiva desde la tipología intertextual, en el reconocimiento o identificación de la macroestructura dominante del texto, y desde la macroestructura dominante del texto, en el reconocimiento o identificación del sentido plural o singular de las microsecuencias instrumentalizadas por el DECIR textual, dado que, como recientemente ha señalado con justicia Marco Jacquement, «Un texte, un silence, seront donc "observables" seule-

ment en descendant du niveau —quantitatif et continu— de la manifestation discursive, au niveau des structures profondes où des oppositions qualitatives nous permettront de comprendre "ce qui s'épassé"». La lectura, pues, va de un modelo semiótico hipotético-inductivo modelizante de captación o desciframiento a un modelo hipotético-deductivo *pre/resultante*, semiótico-modelizado, de identificación final.

2. Sirva de ejemplo el cuento que Pérez Galdós tituló *Tropiquillos*, que distribuye en siete capítulos, y podemos considerar articulado, básicamente, en ocho secuencias o microsecuencias, que se imbrican unas en otras en el flujo discursivo manifestativo, en un cierto ir y venir o caos distópico, cuya convergencia estructural debe percibirse en la densidad de una lectura integrada en profundidad. En efecto, podemos justificar la identificación intersecuencial de la siguiente forma (vid. pp. 15-29).

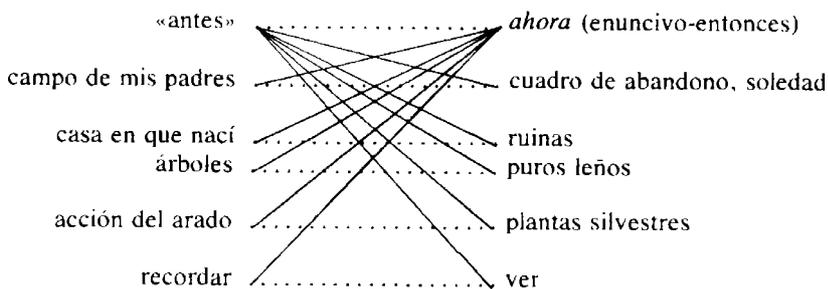
La primera secuencia, obviamente, es la que comienza con el enunciado «Finalizaba octubre». En ella aflora el *curso verbal* del yo, en su efímero existir inarticulado como un punto circundado por el cambiante cerco de la temporalidad y la espacialidad, insasibles *aquí* y *ahora* de huidizo/YO, mediante la instalación —en el envolvente recuerdo del yo instalado en su *aquí* y *ahora* enunciativos— del *objeto* de ese recuerdo, constitutivamente instalado en el marco *discursivo* enunciativo del no-yo («octubre»), *no-aquí* y *no-ahora* («finalizaba»). En efecto, «Finalizaba octubre», enunciado de dos lexemas cronométricos exteroceptivos o figurativos, instauro la isotopía envolvente de la temporalidad narrativa, dado que el operador *durativo* morfosemántico («iz-aba») distiende la naturaleza *terminativa* lexicosemántica de «final-», en dinámica convergencia con el lexema cronométrico «octubre», prefigurándose, como consecuencia, el marco temporal del discurso instalado en los *ultimos días de octubre*.

En el desarrollo de esta secuencia inicial, el YO enunciativo se desdobra en el no-yo enuncivo, que se abre «agobiado» «hacia la muerte», conectando, necesariamente, con el *entonces* enuncivo, implícito en el enunciado inicial temporalizante, como objeto temporalizable del progresivo deterioro que arrancando del «agobio del dolor moral y físico» encamina hacia la «muerte». También el *no-aquí* enuncivo, implícito en el morfema «-aba», queda redefinido como *lejos* con una serie de implicaciones contrastadas, como se desprende de su categorización semiótica:



Esta primera secuencia del «otoño de la vida personal y ambiental», fruto del *desembrague* inicial discursivo, primer operador distópico entre el inefable ensimismamiento enunciativo del *yo-aquí-ahora* enunciativos y la salida discursiva o enunciativa de otros *yo-aquí-ahora*, se convierte en una especie de medusa que desaparece mediante diversos recursos distópicos, instauradores de nuevas isotopías secuenciales, para volver a aparecer mediante la aparición de bifrontes operadores distópico-isotópicos, que reconducen el flujo discursivo-enuncivo hacia la macroisotopía del «otoño de la vida personal y ambiental», persistentemente *disfórica*, en la medida en que forma parte del modo de ser competencial del «narrador-enuncivo» o «enuncivo-enunciativo», sumido «en un estado que si no era la estupidez se le parecía mucho», como puede verse al final casi del cuento, donde una serie de predicados factuales, «me encontré arrojado...», «tocaba el suelo...», como argumentales mecanismos modales aléticos, fundamentan sobre su verosimilitud potencial, la modalidad epistémica del «saber» —«sólo sé...», «hícame cargo de...»—, como persuasiva prueba epistémica de la modalidad alética del texto antecedente en su totalidad, instalada en la ensoñación ficcional o realidad alética del «parecer». En efecto, este «cierre» secuencial en este caso, «macrosecuencial», nos hace plantear ese marco *englobante* fundamental como «disfórica pintura del otoño de la vida personal y ambiental», en su planteamiento memorizado, a redromodo, pues, como señala Manar Hammad en «Sémiotique et prospectivité», «dans la mesure où la sémiotique est une quête du sens et de son articulation, elle est contrainte de prendre ses objets "par la fin" et de "remonter vers le début"».

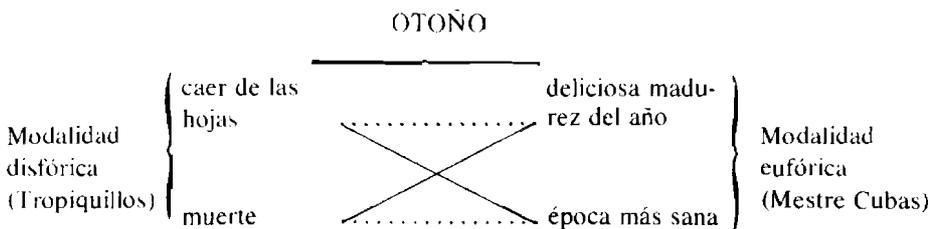
Imbricadas en esta macrosecuencia se van sucediendo las restantes microsecuencias o secuencias. La primera de ellas, la segunda secuencia en orden de sintagmación lineal, es la que aparece introducida por el operador distópico heterocronológico de «otros tiempos», que rompiendo el flujo isotópico anterior, instaura la nueva isotopía del «eufórico recuerdo de vivencias pasadas» mediante la frase *desembragante* o distópica «El campo de mis padres y la humilde casa en que nací...», para dar paso a un nuevo *embrague* o reinstauración de la secuencia inicial, que, como hemos señalado, resulta ser dominante en el conjunto textual analizado, mediante el *embrague* u operador isotópico que supone la *isocronía* de la frase subsecuente «...eran lastimoso cuadro de abandono, soledad, ruinas...». Lo cual nos introduce en una dialéctica deíctica de identidades y diferencias que vigorizan el conjunto intersecuencial:



El «recuerdo» que desarrolla esta segunda secuencia imbricada queda dominado por la secuencia *disfórico-constativa* englobante del *ahora* enuncivo o *entonces* enunciativo, para abrirse a otra secuencia, la tercera del texto, mediante el operador distópico o desembrague heteroactancial, que supone la introducción del «diálogo», que nos introduce en la nueva secuencia, que podemos calificar de «encuentro de un viejo conocido de la infancia». Esta secuencia ocupa el final del cap. II y todo el III, con ligeras imbricaciones de la segunda secuencia, en los obligados recuerdos de vivencias compartidas, así como con imbricaciones, también, de la primera secuencia, en el choque dialéctico *valorativo-tímico* de Mestre Cubas con Tropiquillos, desde su *disfórico yo enuncivo* elegido, secuencia que puede ser considerada como englobante.

En implicación pragmática con la secuencia del «reencuentro amistoso anterior» se introduce la secuencia de la «hospitalidad», rol temático introducido por el operador distópico figurativo de la «llegada a casa», nuevo lugar de desarrollo secuencial: «Yo te acojo, Tropiquillos, y haz cuenta que estás en tu casa». Esta cuarta secuencia ocupa los cap. IV, V, VI y VII, donde se imbrican.

Desde un embrague o reinstalación en la primera secuencia, «—¡El caer de las hojas!...», se introduce la microsecuencia o secuencia quinta, que podemos denominar «elogio de otoño», nuevo rol temático-discursivo motivador de la nueva isotopía, que se estructura sobre la base axiológico-relacional siguiente:

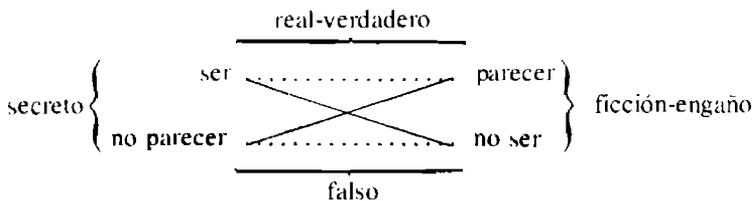


La secuencia sexta supone la introducción de un nuevo rol programático o temático-discursivo, «la vendimia», con todo el bagaje actancial, instrumental

y circunstancial implicados, desde la modalidad eufórica de la secuencia dominante.

La secuencia séptima supone la introducción del rol temático del «amor» entre Tropiquillos y Ramona. Ocupa parte del cap. VII, que está entrelazado entre la secuencia cuarta de la «hospitalidad», que la envuelve, la primera y quinta, con su leit-motif disfórico-eufórico respectivo que la engloban, para terminar con el «casamiento», la «posesión» y, sobre todo, con «una rápida vuelta del mundo».

Nos acercamos así al final de un «sueño». Lo sabemos gracias a la introducción del operador distópico modal epistémico del «saber», de entrada en la «consciencia», que instauro la isotopía de la nueva secuencia terminal, la secuencia de la «vuelta a la vigilia», a la realidad consciente, que se enfrenta al sueño intersecuencial anterior, dominado por el predicado modal dominante epistémico de la «creencia», de la inconsciencia, de la enajenación: «Sólo sé... me encontré arrojado... La efervescencia de mi pensamiento se iba apagando. Yo tocaba el suelo... cerciorarme de la realidad. Hícame cargo de... Eso va pasando. Se acabarán de quitar con café muy fuerte». El anafórico «eso» enfrenta la estructura intersecuencial en su totalidad a la última, diacrítica epistémicamente. Como hemos podido observar, se han ido *desembragando*, entrelazando las distintas secuencias mediante los correspondientes demarcadores espacio-temporales, actanciales y temáticos. La secuencia séptima o del «amor» coincidiendo con el último capítulo, al final, viene a *embragar* con la situación secuencial inicial ya superada, «desaparecieron mis temores de una muerte próxima»; y así podría haber terminado este texto sin que pudiéramos dilucidar si el narratorio se debatía en la modalidad veridictiva del *ser* o del *parecer*. Pero he aquí que nos llega el *cierre*, la breve secuencia octava de «vuelta a la vigilia», y que nuestra lectura que se debatía entre el *ser/parecer* del cuadrado semiótico de la veridicción, acaba modalizándose, definitivamente, como el relato de una pesadilla o ficción de un *no-ser /parecer*, engaño contrafactual debido al estado de embriaguez en que el protoactante aparece sumido desde el *desembrague* inicial o puesta en discurso:



Este especial complejo modal epistémico-veridictivo, en su contraposición final, nos da la clave estructural, dotado de un no despreciable valor predictivo hipotético-deductivo, como razón última inmediata de la identificación de los distintos momentos intersecuenciales del texto, y exclusivo representante, a mi juicio, ante la ineludible tipología intertextual.

SIMILITUD Y DIFERENCIA EN LA CONSTRUCCIÓN TEXTUAL

TROPIQUILLOS: identificación intersecuencial:

**S<sub>a</sub>** Finalizaba octubre. Agobiado por la doble pesadumbre del dolor moral y de la cruel dolencia que me aquejaba, arrastreme lejos de la ciudad ardiente, buscando un lugar escondido donde arrojarme como ser inútil indigno de la vida, para que nadie me interrumpiese en mi única ocupación posible, la cual era contemplar mi propia decadencia y verme resbalar lento, mas sin tregua ni esperanza, hacia la muerte

Los campos eran para mi más tristes que el cementerio. Habíanme dicho los medicos: «Te morirás cuando caigan las hojas.» Y yo las veía palidecer y temblar en las ramas cual contagiadas de mi fiebre y de mi temor.

El sereno cielo irradiaba demasiada luz para mis ojos, y cuando tras el ardor húmedo del día venían de las montañas, embozados en sombras y con la espada desnuda, los traidores vientecillos septentrionales, yo me arrebozaba también en mi pobre capa, y escondía la cabeza para que no me tocasen y pasaran de largo.

**S<sub>b</sub>** El campo de mis padres y la humilde casa en que nací

**S<sub>a</sub>** eran lastimoso cuadro de abandono, soledad, ruinas. Yervas vivaces y plantas silvestres erizadas de púas cubrían el suelo sin señal ni rastro alguno de la acción del arado. Las cepas, sin cultivo, o habían muerto, o, envejecidas y cancerosas, echaban algún sarmiento miserable que para sostenerse se agarraba a los cercanos espinos. Árboles

**S<sub>b</sub>** que antes protegían el suelo con apacible sombra, a cuyo amparo se reunía la familia,

S<sub>a</sub> habianse quedado en los puros leños, y secos, desnudos, abrasados de calor o ateridos de frío, según el tiempo, esperaban el hacha y la paz de la leñera como espera el cadáver la paz del hoyo. Algunos, conservando un resto de savia escrofulosa en sus venas enfermas, se adornaban irrisoriamente el tronco con pobres hojuelas, semejantes a condecoraciones puestas sobre el pecho del vanidoso amortajado. Las cercas de piedra no resistían ya ni el paso resbaladizo de los lagartos, y se caían, aplastando a veces a sus habitantes.

Por todas partes veíase el rastro baboso de los caracoles, plantas mordidas por los insectos, enormes cortinajes de tela de araña y nubes de seres microscópicos ávidos de poseer tanta desolación.

## II

Dominaba estas tristes cosas el esqueleto de la casa derrumbada, hendida por el rayo como por un lanzazo, renegrida por el incendio, con el techo en los cimientos, los cimientos hechos lodo por la humedad, las paredes trocándose lentamente en polvo.

Al ver tanta cosa muerta, me pregunté si no estaría yo también desbaratado y descompuesto como las ruinas de aquellos objetos queridos, hallándome en tal sitio al modo de espectro que a visitar venía la escena de los días reales y de la existencia extinguida. Esta consideración evocó mil recuerdos:

S<sub>b</sub> presentóme el semblante de todos los de casa, mis juegos infantiles en aquel mismo sitio, luego mi temprana ausencia de la casa paterna para correr en busca de locas aventuras, enardecido por la fiebre del lucto. Vi mis primeros pasos en el lejano continente donde el sol irrita el cerebro y envenena la sangre, mis luchas gigantestas, mis caídas y mis victorias, mi sed insaciable de dinero, sentí renovada la quemadura interna de las pasiones que habían consumido mi salud; me vi persiguiendo la fortuna y atrapándola casi siempre; recordé la ceguera a que me llevó mi vanidad y el valor que di a mis

## SIMILITUD Y DIFERENCIA EN LA CONSTRUCCIÓN TEXTUAL

fabulosas riquezas, allegadas en los bosques de pimienta y canela, o bien sacadas del mar y de los rios, así como de las quijadas de los paquidermos muertos; extraídas también del zumo que adormece a los orientales y de la yerba verdinegra que aguza el ingenio de los ingleses.

Después de verme enaltecido por el respeto y la envidia, amado por quien yo amaba, rico, poderoso, vime herido súbitamente por la desgracia. Mi decadencia brusca pasó ante mis ojos envuelta en humo de incendios, en olas de naufragios, en aliento de traidores, en miradas esquivas de mujer culpable, en alaridos de salvajes sediciosos, en estruendo de calderas de vapor que estallaban, en fragancia mortífera de flores tropicales, en atmósfera espesa de epidemias asiáticas, en horribles garabatos de escritura chinesca, en una confusión espantosa de injurias dichas en ingles, en portugues, en español, en tagalo, en cipayo, en japones, por bocas blancas, negras, rojas, amarillas, cobrizas y bozales.

Ya no quedaba en mi sino el dejo nauseabundo de una navegación lenta y triste en buque de vapor cuya hélice había golpeado mi cerebro sin cesar día tras día. sólo quedaba en mí la conciencia de mi ignominia y los dolores físicos precursores de un fin desgraciado. Enfermo, consumido, ya no era más que un pábilo sediento a cuyo tizón negro se agarraba una llama vacilante, que se extinguía al primer soplo de las auras de otoño. Y me encontraba en lo que fue principio del camino de mi vida, en mi casa natal, montón de ruinas habitadas sólo por el alma ideal de los recuerdos. Mis padres habían muerto; mis hermanos también; apenas quedaba la memoria de aquella honrada familia. Todo era polvo esparcido, lo mismo que el de la casa. Y yo, que existía aún como una estela ya distante que a cada minuto se borra más, parecía también de tristeza y de tisis: las dos formas características del acabamiento humano. El polvo, los lagartos, las arañas, la humedad, las alimañas diminutas que alimentan su vida de un día con los despojos de la vida grande, me cercaban aguardándome con expectación famélica.

Se  —Ya voy, ya voy...—exclamé, apoyando mi cabeza en una piedra a punto que la interposición de un cuerpo opaco entre la luz y mis ojos hizome conocer la presencia de un... ¿Era un hombre?

## III

Si, no podía dudar que era un hombre lo que vi delante de mí, aunque su redondez ventruda tenía algo de la vanidad del tonel lleno de licor generoso. Vi una pipa de fumar que aparecía entre enmarañada selva de bigotes amarillentos. Cuando se disipaban las espesas nubes de humo que de la tal pipa salían, presentábanseme dos arillos redondos tendidos a un rosicler que envidiaría cualquier doncella, los cuales colindaban con unos ojuelos movedizos y extraordinariamente vivaces, fijos en mí, y que me examinaban con presteza desde la cara a los pies y desde el capisayo raído a las manos temulilas. La descubierta cabeza de mi observador era redonda, con pelo tieso y duro ligeramente salpicado de canas.

Llevaba esa magnífica toga pretexta del trabajo, a quien llamamos delantal, y por debajo de la curva que formaba este sobre el vientre, salían dos patas poderosas, digno cimiento de tan admirable arquitectura, y más arriba, junto a los tirantes, dos brazos entundados en mangas de camisa, los cuales se abrieron en cruz, acompañando con un gesto de asombro y cordialidad estas palabras:

—No, no me engaño, es Tropicuillos... Tropicuillos, ¿no es verdad que eres tu?... Si, el hijo mayor del señor Lázaro Tropicuillos, que pasó a mejor vida en esta misma casa la vispera del incendio y antevispera de la inundación, o lo que es lo mismo, el día después de la batalla de Zarapicos, en que perecieron sus hijos y sus hermanos, Baltasar y Cosme Tropicuillos.

Es pasmoso cómo la desgracia refresca memorias de la niñez, y cómo reconocemos, en horas de angustias, cosas y fisonomías que parecían borradas para siempre en nuestra mente. Aquel era el maestro Cubas, tonelero, amigo y protegido de mi padre en días mejores, hombre excelente, trabajador,

## SIMILITUD Y DIFERENCIA EN LA CONSTRUCCIÓN TEXTUAL

cariñosísimo, a quien en el pueblo llamábamos *mestre* Cubas.

—Yo soy el que usted supone—dije—, y usted es *mestre* Cubas, a cuyo taller iba yo a jugar. ¿Viven Ramoncilla y Belisarión? ¡Oh, *mestre* Cubas, cuántos recuerdos vienen a mi memoria! ¡Todo perdido, todo en ruinas, todo acabado! Yo que parezco vivo no soy más que un cadáver que se mueve y habla todavía.

—Todo sea por Dios— exclamo el bonachon *mestre* Cubas, que usaba esta frase como estribillo—. Yo creí que no quedaba ya ningún Tropicuillos. Cuando estaba ya para cerrar el ojo el señor Lázaro, me dijo: «Yo soy el último, querido Cubillas, porque mi hijo Zacarías debe de estar allá en lo hondo, con todo el mar por losa.»

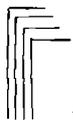
—No—repliqué, sintiendo que mis ojos se llenaban de lágrimas—: aquí está enfermo el que ha sido sano y robusto, miserable el que ha sido rico. Yo, que he mirado los colmillos de elefante como podrias mirar tu las piedras de esa cerca, he venido a Europa de limosna.

—Todo sea por Dios... ¡Cómo cambian las cosas! Pues yo, que era pobre, soy rico. Lo debo a mi trabajo, a la ayuda de Dios y a tu padre, que me protegió grandemente. ¿Ves eso?

Señaló con su mano atlelica las lomas cercanas llenas de viñas, cuyos pámpanos, dorados ya, dejaban ver el fruto negro.

—Pues todo eso es mio

—¿Ve usted esto?—le respondi con amargura, señalando mi capisayo—. Pues ni siquiera esto es mio. Me lo prestaron al desembarcar para que no me muriera de frío. Tengo el fuego del tropico en mis entrañas, el tifón en mi cerebro, y mi piel se hiela y se abrasa alternativamente en el temple benigno de la madre Europa...

S<sub>d</sub> 

### IV

—Gracias, mil gracias, un millón de gracias, *mestre* Cubas—, dije, aceptando los obsequios que en la mesa me hacia aquella

honrada familia, pues el buen tonelero me obligó a aceptar su hospitalidad rumbosa.

Me había dicho: «El hijo del señor Lázaro es mi hijo. Si el pródigo no pudo llegar a la casa del padre, llega a la del amigo, y es lo mismo. Yo te acojo, Tropiquillos, y haz cuenta que estás en tu casa.»

Mi alma se inundaba de una paz celestial, fruto de la gratitud, y no sabía cómo corresponder a tanta generosidad. No hallando mi emoción palabras a su gusto, no decía nada.

*Mestra Cubas* era una hermosa campesina, *alta de pechos y ademán brioso*, como *Dulcinea*.

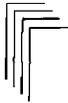
Su esposo tenía cincuenta años, ella cuarenta, y conservaba su belleza y frescura. Eran de admirar sus blanquísimos dientes y su porte sereno, que parecía el lecho nupcial de los buenos pensamientos casados con las buenas acciones.

Su hijo Belisario estudiaba para cura. Sus dos hijas Ramona y Paulina eran dos señoritas del pueblo muy bien educadas, muy discretas, muy guapas. Estaban suscritas a un periódico de modas, leían también obras serias y se vestían al uso de capital de provincia, mas con sencillez tan encantadora y tan libres de afectación, que en ellas, por primera vez quizás, perdono la tiesura urbana al donaire campesino. Hablaban recatadamente y no sin agudeza, tenían su habitación sobre la huerta, llena de fragancias de frutas diversa, de flores y de placentero murmullo de pájaros, y se sentaban a coser en el balcón protegido del sol por ancha cortina. Desde abajo, mientras Cubas me enseñaba sus frutales, las sentía riendo benevolamente de mi extraña facha, y cuando miraba hacia ellas para pedirles cuentas de sus burlas, decíanme:

—No, Tropiquillos, no es por usted..., no es por usted.

Mi corazón palpitaba de gozo ante las atenciones de aquella honrada familia. Yo sentía

S<sub>a</sub>  $\sqrt{\quad}$  mi pobre ser caduco y enfermo

$S_a$   resurgir y como desentumecerse por la acción de manos blandas y finas empapadas en bálsamo consolador.

*Mestre Cubas* comía como un lobo y quería que yo le imitase, cosa difícil, a pesar del renacimiento gradual de mi apetito.

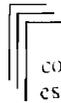
—Mira, Tropiquillos—me decía—, es preciso que te convenzas de que no debe uno morirse. En este mundo, hijo, hay que hacer lo siguiente, el pensamiento en Dios, la tajada en la boca, y tirar todo lo que se pueda. Dejémonos de tristezas y de aprensiones. Tan tísico estás tú como ese moral que nos sombrea y nos abanica con sus ramas. En ocho días has cambiado de color, has echado carnes, se te ha quitado

$S_a$   aquel mirar siniestro;

$S_a$   ¿no es verdad, muchachas? Todavía hemos de hacer de ti un guapo mozo, y hemos de verte arrastrando una barriga como esta mía... Come más de este sabroso carnero. ¿Quieres que te eche un latin? Yo también se mis latines. Oye este: *Omnis saturatio bona; pecoris autem optima.* ¿Que te parece, amigo Tropiquillos? Echa un buen trago de este divino clarete, plantado, cogido, prensado, fermentado, envasado, clarificado y embotellado por mí, en este propio sitio, sí, señor, en estas tierras de Miraculosis, que son lo mejoreito del mundo.

Yo dije que, en efecto, me sentía con más bríos, como si entrara progresivamente sangre nueva en mis venas;

$S_a$   pero que no por eso dudaba de la gravedad de mi mal, y que renía por segura mi muerte al caer de las hojas.

$S_c$   Lo que, oído por *mestre Cubas*, fué como si quitaran la espita a un tonel dejando escapar a borbotones el vino, del mismo modo salta del cuerpo su reír franco, prime-

ro en carcajada ruidosa, despues mezclado con alegres palabras en apacible chorro que salpicaba un poco a los circunstantes.

---¡El caer de las hojas! . . . ¡Vaya una simpleza! Todo sea por Dios . . .

S<sub>c</sub> 

Entramos ahora en la época mejor del año, en la más sana, en la más alegre, en la más útil, en la más sana. De mí sé decir que vivo aburridísimo en las otras tres estaciones. Poco que hacer, el taller casi parado..., compostura, echar alguna duela, aflojar y apretar los aros... Pero se acerca el otoño, se ve que la cosecha es buena, y... «*Mestre Cubas*, que me haga usted 20 pipas...» «Y a mí, 12.» «*Mestre Cubas*, que no me olvide. Pienso envasar 800 arrobas...» Luego, no necesito desatender lo mío, 100 cubas, 200, nada me basta, porque octubre llueve vino..., cada año más. Desde que empieza septiembre, mi taller es la gloria, y el martillo, golpeando sobre las barrigas de roble, hace la música más alegre que se puede imaginar. Pam, pum, pim...; dime tú si has oído jerigonza de violines y flautas que a esto se iguale... Pues yo te pregunto si conoces nada tan grato como estar en el taller dando zambombazos, deseando acabar para ir a ver las uvas, si cuajan bien, si pintan o no, si las ha engordado la lluvia, si las ha rechupado el sol, y atender al sarmiento que se cae por el suelo y al que está muy cargado de hoja... Y luego viene el gran día, el..., el *Corpus Christi* del campo, la vendimia, Tropicillos, que es la faena para la cual hizo Dios el mundo. Como la has de ver, nada más te digo. Para mí la vida toda está en esta deliciosa madurez del año, en esta tarde placentera que al darnos el fruto de los trabajos de la mañana nos anuncia una noche tranquila, límite de la vida mortal y principios de la eterna y gloriosa.

S<sub>c</sub> 

V

Con estas y otras pláticas amenizaba la comida, mostrando en todo su natural hom-

rado y su amor al trabajo, a cuyas virtudes debía su bienestar y la paz de su casa. En las tibias y hermosas tardes, más cortas cada día, mientras el gran Cubas se afanaba en su taller y la *mestra* dirigía con infatigable diligencia los preparativos de la próxima vendimia, las niñas y yo recorriamos toda la hacienda para coger la fruta madura. Era de ver como hacíamos pilas de melocotones, cómo hacinábamos peras y sandías, apartándolas y clasificándolas para entregarlas a los vendedores de la ciudad, después de guardar lo mejor para la casa. Aquellas niñas tan simpáticas que en la soledad y desamparo intelectual del campo habían sabido darse un barniz de cultura, aprendiendo lo más elemental de las letras sociales, sabían también cómo se aporean las hortalizas, como se conservan las frutas para el invierno, como se benefician las esparragueras, en qué punto y sazón se deben regar los pimientos, cuáles uvas dan mejor mosto, qué viento es el más propio para que cuajen las almendras, qué orientación debe tener un nidal de gallinas y cual es el modo clásico, magistral, infalible de disponer una echadura de aves. Yo las acompañaba por aprender algo de la incomparable doctrina del campo, que excede en belleza y bondad a todas las demás sabidurías humanas.

Ramoncita se esforzaba en darme lecciones, y cuando íbamos a echar de comer a las gallinas, me decía:

—Es preciso no darles poco ni demasiado; y en caso de no poder medir bien, atiéndase más a la sobriedad que al exceso. La sabiduría consiste en dar a la vida, ya sea moral, ya física, un poquito menos de lo necesario.

Esta rara sentencia me probaba lo que ya sabía yo, y era que Ramoncita tenía un despejo sin igual, intuición de primer orden, perspicacia grandísima. De tales prendas resultaría, teniendo en cuenta las compensaciones de la Naturaleza, que no debía de ser bonita. Y, sin embargo, lo era. Ella y su hermana pedíanme que les contara mis aventuras. Yo hablaba, hablaba: referiales maravillas y sorpresas, describiendo países, pintando pueblos, ponderando riquezas que parecían fabulas; y después de tanto charlar, me recogía en mí mismo, creyendo no haber dicho nada. Un millón de palabras habían salido de mi boca, y, no obstante, mi cara

zon permanecía lleno y pletórico lo mismo que un tonel en cuya concavidad fermenta el mosto recién sacado de las uvas.



## VI

La vendimia! *Mestre* Cubas se movía como un epiléptico y gritaba como un loco, mientras la señora daba pausadamente y sin atropellarse sus órdenes. Las cestas llenas de uvas no cabían en el patio del lagar. No lejos de allí oíase un gorgoteo hueco y profundo, cual enjuagadero de bocas de gigantes, que soltaban buches y revolvían entre el paladar y la lengua pequeñas olas. Era que estaban llenando las pipas.

Por otro lado, Ramoncita y su hermana vigilaban la separación de las uvas, agrupándolas según su clase y su madurez, porque no se saca buen vino prensando a granel todo lo que se arranca de las parras. Pronto se vió que las prensas funcionaban y un chorro obscuro, espumante, opaco, recorría la canal para entrar en el estanquillo. Aquí, un hombre metido en mosto hasta las rodillas lo sacaba en una gran cubeta, midiendo y contando a la vista del amo. Los mozos que hacían el trabajo de prensas, el medidor y los que transportaban el líquido a la bodega aparecían teñidos de un carmín virulento, como si sudaran pintura. Los chicos, soliviantados por febril alegría, cogían puñados de uvas ya estrujadas y se frotaban la cara y se pintaban rayas en ella como los salvajes. Yo apuntaba las cántaras de mosto que entraban en la bodega, y sentía comunicarse a mi alma el gozo inquieto de *mestre* Cubas y la satisfacción prudente y circunspecta de su arrogante esposa. Las chicas, retirándose a la casa, cuidaban de que no faltase nada en la próxima comida que se había de dar a tanta gente.

Y en tanto, la bodega se llenaba. Las cubas decían con espumarajos de ira que ya no podían tragar más. Pero había toneles en abundancia, y además vasijas, tinajas, cántaros. Allí estaba recién nacido y ya bullicioso,

turbulento, anunciando travesuras mil, el néctar de los dioses, el amigo de los reyes y de los pueblos, el gran demócrata, el gran nivelador, el que a un tiempo es retrógrado y revolucionario, sin dejar nunca de ser consecuente con sus altos principios salutariferos y embriagadores; el que no conoce la esquizofrenia humana, porque le miran con ojos chispeantes el sano y el enfermo; el que preside los festines de la amistad y de la reconciliación, y disparando balas de corcho se presenta en los momentos del mayor regocijo, desbordándose en elocuencia, en cariño, en entusiasmo, en exaltada fe y esperanza; el que en los altares es la sangre del cordero inmolado, y después de figurar junto al pan en la mesa divina puede gloriarse de haber tenido por amigo a los más grandes hombres: Noé, Anacreonte, Horacio, Shakespeare y otros; el que ha sido adorado como dios en Grecia, coronado de flores en Roma, cantado en Alemania, ensalzado por los bárbaros y llevado a las más remotas tierras por los conquistadores; el que se adapta con maravillosa flexibilidad al genio de cada país, siendo agrio y fino en Francia, dulce en Italia, grave en Hungría, seco y fogoso en España, delicado y pensativo en Alemania, popular en Inglaterra. El ha encendido crueles guerras entre el Norte que lo desea y el Mediodía que lo produce; tiene parte en la melancolía del Oriente bíblico, en el estro armonioso de los helenos, en la ruda exaltación goda, en la valentía tosca del Romancero, que viene a ser la épica contienda de dos razas que se disputan durante siglos unas cuantas llanadas de cepas. Tiene parte también en la donosa borrachera de la poesía del Rhin, y en las epopeyas colosales de los portugueses, buscadores de mundos, para acercar la copa divina a los labios amables del hijo de Confucio y despertar de su *nirvana* al brahmin que tiene el mal gusto de emborracharse con agua y meditaciones.

Suyo es el picor de las conversaciones francesas, impregnadas de travesuras; suya la fantasía de los artistas flamencos, el humorismo de Teniers, la gala de Rubens; suya es también esa seriedad cómica del inglés, esa fiebre de trabajo, esa excitabilidad discreta que a tantos y tan grandes éxitos conduce. En el Olimpo antiguo y el moderno, en la literatura y en la religión, en las cos-

tumbres y en las artes, en la vida toda, en fin, hallaréis la influencia poderosa de este inmenso colaborador del trabajo humano.

## VII

Sa

Vinieron días húmedos, y una lluvia fría y persistente azotaba los árboles, cuyas ramas se desnudaban a impulsos del viento.

Sc

A pesar de esto, yo me sentía más fuerte, desaparecieron mis temores de una muerte próxima y dejaba de inspirarme horror la estación otoñal.

—Ya ves cómo no pasa nada—decíame en la mesa mi amigo, después de celebrar mi buen apetito con actos que al mismo tiempo daban testimonio del suyo—. Dos meses de campo y de tranquilidad laboriosa han disipado tus necias aprensiones, dándote salud, contento, esperanza... Todo sea por Dios.

Y luego, tomando un tono más serio, no exento de cierta expresión contemplativa, añadió:

—Estamos en la placentera tarde del año, ya cerca de ese crepúsculo a quien llamamos invierno. Querido Tropiquillos, celebremos el otoño, que es la madurez de la vida y del año, la experiencia, el fruto, la cosecha cogida y apreciada, y no temamos que esta noble estación nos anuncie el invierno, que es la decrepitud del año y de la vida. La idea de la muerte sólo causa tristeza a los tontos. Para mí, la muerte no es otra cosa que la siembra para las cosechas de la inmortalidad.

Sg

Después callamos todos. Yo observaba el rostro de Ramoncita, aún turbado del coloquio que poco antes habíamos tenido los dos al volver de la huerta.

Se  la palabra, y no ya con rostro grave, sino antes bien ligero y festivo, me dijo:

—Casi todos los grandes hombres han nacido en otoño... ¡Ah! ¿Te ries de mí? Soy hombre de medianas letras. Si, ahí tienes esa pléyade augusta. Cervantes, Virgilio, Beethoven, Shakespeare, nacieron en otoño... Pues todos ellos fueron a morir a la primavera. Lee la estadística, querido Tropiquillos, y verás cómo nacemos en estos meses y nos morimos en los de abril o mayo... ¡Ja, ja, ja!... A los que me hablan mal de mi querido otoño, les digo que es el papá del invierno y el abuelo de esa fachendosa y presumida primavera... Vamos a ver: a su vez, es el hijo del verano, que al mismo tiempo viene a ser su biznieto. De modo que...

Sin duda la cabeza hercúlea del buen tonelero se resentía del exceso de libaciones, movido por el prurito de unir el ejemplo a la regla en aquel ardiente panegírico del otoño.

S<sub>g</sub>  Aquella tarde la pasamos Ramona y yo entretenidos en dulces y honestas pláticas, ambos muy serios, muy proyectistas, muy atentos en mirar y remirar los horizontes del porvenir que empezaban a teñirse de rosa. Por la noche, pasada la hora de la cena, *mestre* Cubas, después de alumarme con su pipa, me dijo:

—Amado Tropiquillos, yo no me opongo. *mestra* Cubas no se opone tampoco; de modo que nadie, absolutamente nadie, se opone.

Y reposaba su carnosa mano en mi hombro, haciéndome inclinar bajo el peso de ella.

—El hijo de mi amigo Lázaro—añadió— debe ser mi hijo. A propósito, ahí están tus tierras, que no son malas. Es preciso replantarlas. Las replantaremos.

Dió varias vueltas como pipa que gira impulsada por las manos de los toneleros, y viniéndose otra vez a mí y abrazándome con efusión sofocante, me dijo:

—Reedificaremos la casa...

Yo no tenía palabras; yo no decía nada, y me dejaba abrazar, sintiendo el contacto de la panza de mi generoso amigo y su rebote, semejantes uno y otro al de una gran pelota de goma.

El tonclero llamó a su esposa, que vino prontamente, seria y afable.

—Ramona, Ramona—gritó después *mestre* Cubas.

Turbada, ruborosa, entró la doncella esquivando mis miradas. Sus bellos ojos mostraban singular empeño en examinar el suelo antes que mi rostro y el de sus bondadosos padres. ¿Cómo diré que todo quedó concertado aquella misma noche en palabras breves y expresivas? Mi felicidad era una nueva faz de mi salud recobrada. Ya era otro hombre, física y moralmente, y la vida me ofrecía encantos mil que jamás había conocido. Sano, amado y amante, dueño otra vez del

S<sub>b</sub> campo de mis padres y de la humilde casa  
en que nací,

S<sub>g</sub> dueño también de un corazón  
puro y noble, de una mujer hechicera, discreta, buena, rica. Tanta felicidad debía producir en mí uno de esos estallidos que nos trastornan para siempre. No sé bien cómo fué; no sé si fue en el momento de casarme o poco después cuando sentí una sacudida en lo más profundo de mí ser... Yo tenía la mano de mi esposa entre las mías. ¿Tenía también su talle? No lo puedo decir.

Sólo sé que todo cambió bruscamente ante mis ojos, que el mundo dio una rápida vuelta, que me encontré arrojado en el suelo debajo de una mesa en un estado que si no era la misma estupidez se le parecía mucho.

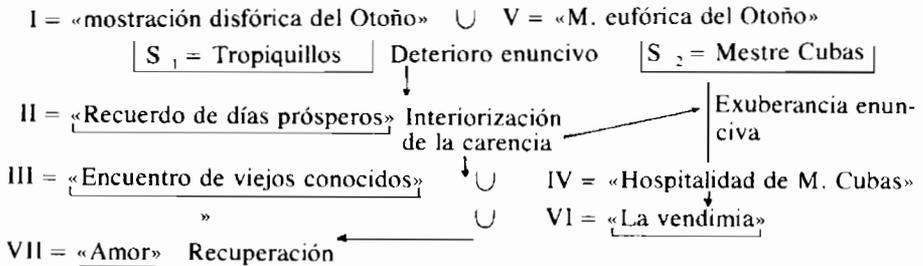
La efervescencia de mi pensamiento se iba apagando. Yo tocaba el suelo para cer-

ciórame de la realidad. Hiceme cargo de tener delante una figura tosca que extendía hacia mí sus brazos, como queriendo alzar-me del suelo. Creo que lo consiguió y que me puso sobre un sofá.

En mi criadero, que al verme entrar lentamente en posesión de mi mismo traje una taza humeante, y me dijo:

—Eso va pasando. Se acabara de quitar con cate muy fuerte.

3. El movimiento intersecuencial, desde el comienzo hasta el cierre textual, puede ser el siguiente:



donde el progresivo deterioro asignado al operador macro-económico OTOÑO, en donde todo se pierde, hasta la propia vida, desde la *disyunción* vida/muerte que engendra la *conjunción* de los subcontrarios *no vida/no muerte*, en una superación de la contradicción que «permite considerar la posibilidad de una *lógica de las aproximaciones* que tratando, a la manera de la topología, objetos de contornos aproximativos, sería tan rigurosa como la *lógica* categorial» (Cf. A. I. Greimas, *La semiótica del texto*, p. 43).

El «deterioro progresivo» que surge de la «mostración disfórica del Otoño», que puede ser descrito como /muerte/ ± /vida/, en su insistencia puede ser considerada como «la forma figurativa de la *abolición del sentido*», como «conjunción de identidades». Lo cual, no obstante, queda incorporado al mecanismo general del surgimiento de la significación al entrar en una dialéctica diferencial, a «consecuencia de una operación disjuntiva» (Cf. A. J. Greimas, o. c., supra, p. 52) entre la «mostración disfórica del Otoño» y la «mostración eufórica del Otoño», que opone al progresivo deterioro una progresiva recuperación, a la pérdida de sus bienes y familia la recuperación de sus propios bienes y la formación de una familia propia. Es el tejido que queda construido hasta la secuencia séptima. Una organización intersecuencial modalizada por la fuerza persuasiva del «hacer ver» o «mostrar» veridictorio del *yo-enunciador* ficcional o *yo-enuncivo/enunciativo*.

La secuencia octava viene a introducir una nueva ficción, al oponer la consciencia a la inconsciencia, la factualidad a la contrafactualidad. Una nueva disyunción dinamiza todo el texto al tiempo que le sirve de operador clausurante macroestructural, modalizando de PARECER onírico las siete secuencias que aparecían con el sello modal de la verosimilitud del SER consciente.

En la medida en que la semiótica es una búsqueda del sentido macroisotópico a través de su articulación micro-isotópica, la secuencia clausurante debe ser tomada en cuenta en la investigación del sentido articulado microsecuencialmente, pues, como muy acertadamente hace ver A. J. Greimas, en *Du Sens II*, p. 69: «Il s'agit aussi de marquer une différence de traitement entre la *logique* (qui est de nature phrastique et n'opère que par substitutions) et la *sémiotique discursive* (dont les énoncés possèdent, de plus, une signification positionnelle)».